

TRADUCCIÓN

MOHAMED SULEIMAN Y LA DESCRIPCIÓN DE LAS PASIONES

JOSÉ ARTURO SAAVEDRA CASCO

Introducción y traducción del swahili

Introducción

Dentro de la producción literaria escrita en lengua swahili, iniciada desde la colonización europea en África oriental, la prosa ha sido uno de los géneros más desarrollados, a la par con la implementación de la lengua swahili como lengua oficial de los regímenes europeos y posteriormente los gobiernos independientes de Kenia, Uganda y Tanzania. Es en este último país en donde la profunda utilización del swahili en los ámbitos educativos y gubernamentales ha contribuido a que esta nación cuente con muchos de los más sobresalientes escritores de esta lengua.

Después de Shaaban bin Robert, sin duda el más destacado escritor del periodo colonial británico, la prosa de la era independiente tanzana ha tenido a importantes exponentes en escritores nacidos en la isla de Zanzíbar. Uno de ellos ha sido quizás el más importante autor de la década de los setenta y su obra ha sido objeto de premios y reconocimientos y a la vez de polémicos debates: Mohamed Suleiman Mohamed. Aunque su producción literaria no es demasiado prolífica sus obras son consideradas como lectura obligada para todo aquél que desee adentrarse en la calidad estética de la literatura swahili contemporánea.

Mohamed Suleiman, mejor conocido como Mohamed S. Mohamed,¹ nació el año de 1945 en la región de Koani, localiza-

¹ Este autor gustaba de firmar todos sus cuentos y narrativas cortas con el nombre de Mohamed Suleiman, mientras que sus novelas las firmaba como Mohamed S.

da en el centro de Zanzíbar. Perteneciente a una familia de terratenientes, dueños de extensos cultivos de clavo y coco, Mohamed perdió su posición privilegiada a raíz de la revolución zanzibari de 1964. Esta situación forzó a Mohamed a dejar sus estudios, los cuales no rebasaron el nivel de la secundaria. Mientras trabajaba como burócrata nuestro autor comenzó a escribir cuentos cortos y en el año de 1967 varios de ellos fueron difundidos y publicados por la sección de swahili de la BBC de Londres. Su primera novela, *Kiu* (Sed) publicada en 1972 representó un hito en la literatura swahili. La obra narra las desventuras de una joven llamada Batí, quien sufre la infamia de su cruel enamorado Idi. La novela mezcla impresionantes descripciones del carácter y comportamiento de los personajes así como de las costumbres de Zanzíbar, como los matrimonios y la vida cotidiana posterior a la revolución. Esta atrayente historia fue merecedora de importantes reconocimientos: el primer lugar en el certamen de nuevos escritores organizado por la editorial *East African Publishing House* en 1970, el premio Kenyatta de literatura otorgado por el gobierno de Kenia en su edición de 1973 y el premio al mejor escritor otorgado por el Consejo Nacional de Lengua Swahili de Tanzania en 1974. Su segunda novela *Nyota ya Rehema* (La estrella de Rehema) publicada en 1976 vino a confirmar la calidad narrativa de Mohamed Suleiman. Rehema, la protagonista, es una mujer del sector rural de Zanzíbar que, junto a su esposo Sulubu, debe enfrentar la opresión y la injusticia de los sectores privilegiados de la isla en vísperas de la revolución. Aunque no puede considerarse estrictamente como una novela social, la maestría del autor se muestra en los personajes que ejemplifican a seres reales y no a simples entes literarios, ya que en pocas líneas el autor logra crear personajes profundos y llenos de vida. Además, en esta novela Mohamed Suleiman se manifiesta como el autor en lengua swahili que mejor describe y muestra la psicología femenina. Esta cualidad es una constante que se mantiene en las historias cortas compendiadas en una selección publicada en 1978 bajo el

Mohamed. Esta particularidad causa confusiones y además dificulta distinguir a este autor de otro connotado escritor zanzibari, Said Ahmed Mohamed, quien a su vez suele firmar como S. A. Mohammed.

título de *Kicheko cha Ushindi* (la carcajada triunfante o “El que ríe al último”). Desafortunadamente, la producción de Mohamed Suleiman se detiene en la década de los setenta, ya que a partir de 1977 él obtuvo un puesto de editor en la importante casa *East African Publishing House*. Seis años después Mohamed Suleiman fundó su propia editorial. Dicha actividad además de obligaciones familiares lo alejaron definitivamente de la pluma.

A pesar de su limitada producción, Mohamed Suleiman es considerado uno de los más importantes autores contemporáneos de África oriental. A pesar de no haber sido un escritor que haya pasado por las aulas universitarias, sus obras han despertado apasionados debates entre académicos e intelectuales. Por un lado, existe consenso en cuanto a que Mohamed Suleiman es un escritor modernista, que rompe con los esquemas de la tradición swahili al mezclar a la vez sus historias con el entorno musulmán existente en la costa.² Pero por otra parte, se le considera desde un claro exponente de la literatura influida por el *Ujamaa* (socialismo tanzano)³ hasta el paradigma de la novela swahili de la costa con lenguaje “elaborado y refinado” en contraposición del swahili “simple y burdo” de los escritores del interior de Tanzania y cuya lengua materna es diferente al swahili.⁴ Inclusive Alamin Mazrui e Ibrahim Noor Shariff lo consideran como un claro ejemplo del “escritor típicamente swahili desde un criterio de pertenencia étnica”.⁵

La historia que ahora presentamos corresponde a la primera época de Mohamed Suleiman, un cuento corto que no fue publicado sino hasta 1977 en una colección titulada *Heyaka za Kuburudisha*⁶ (historias entretenidas) y cuyo título *Wivu Mbovu* (Celos malignos) indica la esencia de ésta narración: las pasio-

² Elena Bertoncini, *Outline of Swahili Literature*, E. J. Brill, Leiden, 1989, pp. 60-61.

³ S. A. K. Mlacha, “Continuity in Swahili Literature”, en David Parkin (ed.), *Continuity and Autonomy in Swahili Communities*, School of Oriental and African Studies, Londres, 1994, p. 198.

⁴ Elena Bertoncini, “Inland Tanzania: Swahili Literature or Literature in Swahili”, en David Parkin (ed.), *Continuity...*, pp. 210-212. Por ejemplo, Said Ahmed Mohamed, el otro afamado escritor zanzibari, comparó la obra de Mohamed Suleiman con E. Kizilahi, para contrastar “la pobre competencia del swahili del interior en comparación con la rica expresión literaria de los escritores de la costa”.

⁵ Alamin M. Mazrui e Ibrahim Noor Shariff, *The Swahili, Idiom and Identity of an African People*, Africa World Press, Trenton, 1994, p. 94.

⁶ Mohamed Suleiman, *Hekaya za Kuburudisha*, Longman East Africa, 1977.

nes y los sentimientos de Rehema —nombre que frecuentemente aparece en las historias de Mohamed— ante la supuesta infidelidad de su marido Mikidadi. La sencillez de la trama se combina impecablemente con la detallada descripción de la angustia de la protagonista y el inesperado desenlace cierra brillantemente el cuento. El ambiente de la ciudad de Zanzíbar y las normas sociales —el juego de naipes, práctica ilegal en Tanzania por considerarse ligada a la vagancia y a la delincuencia debido a las apuestas de dinero— aportan un sabor de originalidad y de pertenencia a la vida cotidiana del autor. Las pasiones son en la literatura mundial un tema propicio para explorar las inquietudes del espíritu humano y este cuento muestra cómo se expresan dichos sentimientos en la pluma de un escritor africano.

CELOS MALIGNOS

MOHAMED SULEIMAN

El joven Mikidadi y la señorita Rehema se encontraron súbitamente envueltos por un amor incontrolable. Se dieron cuenta de que la vida no tendría sentido de no contraer matrimonio inmediatamente.

La boda se realizó con alegría y regocijo. El amor fue en aumento. El corazón de Rehema se henchía de pasión. Ella se sentía muy complacida pues Mikidadi llenaba todas sus expectativas. Por su parte, él cada vez que llegaba a casa sentía la felicidad y ventura de haberse casado con ella. En Rehema encontraba todo lo que había estado soñando con anhelo. Así pues, dentro de la casa de Mikidadi y Rehema había una atmósfera de alegría y amor.

Pasaron días, meses y años de esta manera. Sin embargo, dentro de ella había una semilla mala: la duda. Al principio, esa semilla no tuvo oportunidad de crecer porque era rebasada por la fuerza del cariño. Pero con seguridad ahí estaba desde el principio. Con el correr de los días esa preocupación fue ere-

ciendo, devorando el alma de Rehema. Ya no era duda ni preocupación sino simple y llanamente celos. Las historias que ante sus amigas le habían contado acerca de su marido se trasladaron a sus oídos. Se rehusaron totalmente a moverse de allí y a cada instante la atosigaron. Estas historias hablaban de la reputación de seductor y apasionado con las mujeres que Mikidadi tenía antes de haberse casado.

Cada que veía a Mikidadi vestirse y salir de casa, Rehema sentía que el corazón le latía aceleradamente. Sus enemigos en el interior de su cabeza comenzaban a engañarla y a persuadirla de ideas malas. De inmediato comenzaba a ver a su marido con los ojos de los celos. Pensaba que su cabello lo peinaba alguien; que su ropa era arreglada por alguien. ¿Por qué veía el reloj a cada rato? Al final, ella abandonaba esos pensamientos enfrente de su marido para no apenarlo.

Cuando Mikidadi se encontraba fuera, Rehema se refugiaba dentro de su cama y tenía pesadillas. Evocaba a las mujeres de Mikidadi por su nombre y sus caras se metían en sus ojos. Veía que todas eran muy hermosas y que la superaban en belleza. Su esposo tomaba sus manos y no las de ella. “Es en verdad la debilidad de los hombres, —pensó Rehema—, la causa de que no sean fieles en lo absoluto.” Sin embargo, concluía que no era culpa de Mikidadi sino de ella, que no era lo suficientemente hermosa para satisfacer a su marido. En medio de estos pensamientos recordaba que tenía trabajo por hacer. Esto la trasladaba fuera de esos sueños. Abandonaba la cama y se veía en el espejo, como para confirmar que en realidad no era hermosa.

En muchas ocasiones ella intentó maldecir a aquella bestia que atormentaba su cabeza. Trataba de engañarse a sí misma diciendo que todo esto era falso, que eran preocupaciones sin sentido. De que se trataba del demonio tratando de engañarla; que era tan solo maledicencia de la gente.

Rehema comenzaba sus labores tratando de encontrar una barrera que mantuviera lejos esos malos pensamientos. Pero ¿dónde la hallaría? No podía mantenerlos alejados por mucho tiempo. Le caían encima de nuevo, con más fuerza, como si se tratara de una nube que cayera sobre la tierra con el fin de destruirla. Esta preocupación, inventada por su propio corazón, molestó a Rehema durante largo tiempo. Intentó combatirla

pero al final fue derrotada por ella y dejó gobernarse por ese sentimiento. Ahora estaba bajo su merced.

Sin embargo, no fue capaz de revelar abiertamente sus inquietudes. Dejar que Mikidadi supiera acerca de sus dudas hubiera significado un gran insulto frente a un amor tan completo como el suyo. Sintió vergüenza y el bochorno de contarle sus pesares, así que continuó soportando en silencio la presión de sus celos, sin saber cuándo terminaría todo esto.

Mikidadi por su parte se sorprendió mucho. Vio que su mujer perdía la alegría desde muy temprano. Rehema no podía comer como de costumbre y muchas veces, después de que regresaba de sus recorridos, la encontraba totalmente postrada. Mikidadi no pudo saber cuáles eran los males que atormentaban a su mujer del mismo modo que ella no pudo evitar que esos problemas llegaran a su vida. Pero cada historia tiene su desenlace.

Era viernes, la víspera había valido la pena. Era un día de regocijo. La gente había recibido su salario. El ruido que provocaban los gritos de la muchedumbre y el constante golpeteo de los zapatos de aquéllos que pasaban por la ventana despertaron a Mikidadi, quien había estado durmiendo durante largo rato con un periódico cubriéndole la cara. Como si recordara algo importante de pronto, saltó súbitamente de la cama, vio su reloj y corrió hacia el baño.

Rehema, quien estaba recostada al lado de su marido, al ver su excitación sintió que el corazón le golpeteaba con fuerza. La duda comenzó a reptar dentro de su cuerpo y se convirtió en una piedra en el alma que le hizo un nudo en el pecho. La cabeza le daba vueltas y dentro de ella los pensamientos sucios golpetearon. Hoy las cosas habían llegado más lejos dado que las lágrimas afloraron de sus ojos y dos de ellas cayeron en su mano.

Cuando escuchó que la puerta del baño se abría, Rehema se levantó apresuradamente de la cama y se fue a la habitación del fondo para esconder sus lágrimas.

Mikidadi entró allí y se vistió apresuradamente.

—“¡Rehema!”— Mikidadi llamó a su esposa mientras se cepillaba el pelo. —“Me marchó.”

Rehema, cuyas lágrimas ahogaban su voz, respondió a su esposo con una mezcla de llanto, pero la prisa de Mikidadi im-

pidió que se diera cuenta que su esposa lloraba. Finalmente, él salió con rapidez de allí.

Las cosas por parte de la pobre Rehema habían llegado a su límite. Estaba cerca de perder la razón. De pronto y como si estuviera hipnotizada, se limpió las lágrimas y salió inmediatamente a seguir a su marido.

Mikidadi, quien iba muy despreocupado, caminaba de prisa y viendo constantemente su reloj, como aquél que siente estar retrasado para un evento muy importante. Ignoraba que para entonces se había convertido en un ladrón de la confianza y el amor de su esposa.

Mikidadi continuaba su rápida travesía metiéndose por los callejones como si fuese un prófugo, sin voltear en ningún momento. Rehema iba casi pegada detrás de él y su mirada iba concentrada en la espalda de su marido para no perderlo de vista. Quien viese a Rehema en ese momento sin duda se sorprendería porque no era para nada la Rehema de siempre: el pelo desordenado, los ojos desencajados luciendo azorada, como alguien poseído por un espíritu. En varias ocasiones recibió empujones y las bicicletas le pasaban casi encima, sin embargo, ella seguía su rumbo, insensible a lo que le ocurría.

El recorrido de la mujer y su marido transcurrió durante un largo rato. Pero la estrechez de los callejones iba en aumento. De pronto, Mikidadi dio vuelta en un callejón y poco después entró a una tienda. Por un momento Rehema perdió el rastro de su esposo. Pero no se dio por vencida. Reconoció el callejón y llegó a donde su marido se encontraba sin extrañarse.

Adentro, Mikidadi tenía una mano en su bolsillo y la otra recibiendo una baraja de manos del dueño de la tienda, cuando se estremeció súbitamente al ver en el espejo del negocio la imagen de una mujer cuya cara era muy similar a la de su esposa, y que doblaba la calle aproximándose al lugar. Se dirigió a la puerta del establecimiento para espiar con sigilo y ¡Dios! No tuvo tiempo de pagarle al dependiente ni tampoco de devolver la baraja, porque tuvo la certeza de que ella en realidad era Rehema. El dueño de la tienda, quien no era ningún tonto, observaba con detenimiento a Mikidadi. Él alcanzó a traspasar la entrada de la tienda, pero ya no pudo mover la otra

pierna pues sintió las manos de alguien que lo sujetaba fuertemente para que no saliera y quien no tenía la menor duda de que Mikidadi era simplemente un ladrón. Mikidadi, sintió que esto era algo injusto para su persona, se volteó y con fuerza dirigió un puñetazo a la cara del dueño. El pobre dueño cayó pesadamente sobre unas cajas que estaban al lado de la ventana. Ésta se rompió en pedazos, mientras el dueño gritaba: “¡ladrón!, ¡ladrón!”.

Mikidadi no miró hacia atrás. Corrió hacia donde se encontraba su esposa. Detrás de él, varios vecinos del dueño de la tienda junto con un policía lo perseguían. “¡Rehema, Rehema!” Mikidadi llamó con un grito a su mujer. Cuando ella volteó y vio a su marido titubeó por la sorpresa. Sin embargo Mikidadi no alcanzó a llegar junto a su esposa. Sintió un fuerte golpe en la nuca y una cortina espesa nubló su vista y su entendimiento. La macana que el policía blandía cayó sobre el cuello de Mikidadi. El pobre cayó de bruces muy cerca de su esposa. La gente que lo había perseguido se amontonó allí y lo empujaba sin ninguna piedad.

Mikidadi fue internado en el hospital bajo vigilancia policiaca. El pobre estaba totalmente incapacitado. Al atardecer del quinto día, tendido en su cama y sin saber cuál sería su destino, recibió la visita del inspector de policía quien llevaba en la mano una libreta de apuntes. Tenía la barriga desparramada y un cuerpo redondo.

—“¡Hey! ¿Cómo se encuentra hoy nuestro ladrón?” —El inspector le preguntó a Mikidadi, con una voz mezclada con aspereza y burla. Sus palabras hirieron el ánimo de Mikidadi quien sintió como si intentaran traspasarle el corazón con un cuchillo desafilado. Hasta volteó su cara para no ver al inspector. El caso de Mikidadi se dirimió en la corte. La evidencia reunida por el juez fue suficiente para encerrar a Mikidadi por tres meses. Mikidadi fue recluso en la cárcel.

El respetable Salehe, reconocido poeta y experto jugador de naipes, quien era gran amigo de Mikidadi, viendo que no había excusa alguna para no hacerlo, decidió ir a dar palabras de apoyo y solidaridad a la mujer de su amigo. Encontró a Rehema en un terrible estado de depresión y llanto. Salehe intentó calmarla y reconfortarla con su palabra elegante a fin de disminuir

su gran tristeza. Finalmente ella dejó al descubierto aquél secreto que tenía guardado en su corazón y que le había originado todos sus pesares. Salehe escuchó con atención la historia de los terribles celos que estaban escondidos desde un principio.

—“Escucha hermana” —Salehe comenzó su argumento—. “Muchas veces, lo que nosotros asumimos como verdadero es falso en absoluto. El corazón no es obedecido. La que es obedecida es la razón. El ‘corazón’ y el ‘demonio’, son como el sobrino y su tío, y ambos son en verdad enemigos de la razón. Quien te hizo pensar todas esas malas cosas fue tu corazón quien era a su vez gobernado por su tío el demonio. No hay nada más que pueda controlar tu corazón excepto tu propia razón”. —Salehe se detuvo por un instante como queriendo dar oportunidad a que sus palabras entrasen a la cabeza de Rehema. Ella se quedó sin habla mirando con azoro a Salehe y asimilando lentamente sus palabras. Salehe se dio cuenta con rapidez de esto, y no quiso perder más tiempo, pues esta mujer ya había llegado al lugar que él quería. Prosiguió: —“ciertamente Mikidadi no es ningún ángel del Señor. Mikidadi es un ser humano con sus defectos y pecados. No te equivocaste al pensar que Mikidadi estaba cometiendo algo indebido, pero erraste totalmente en cuánto al tipo de maldad que le achacabas. Mikidadi no es un adúltero sino un jugador de naipes. Esto te lo ocultó por ser un delito grave. Pero soy el verdadero culpable porque yo lo introduje a esta actividad. El día en que ocurrió todo ese embrollo era un día muy importante para nuestro club de naipes. Nos enfrentábamos en esa ocasión a otro club de jugadores. Le pedí a Mikidadi que obtuviera una baraja nueva y bien sabes que el sólo hecho de traerla consigo puede significar ser encarcelado. Entonces, ¿por qué seguir creyendo que tú eres la principal responsable de su encierro?” —Salehe le preguntó utilizando un acento muy fuerte.

Esta última pregunta le abrió los ojos a Rehema. La sospecha de adulterio que tenía, probablemente era infundada en lo absoluto, y la carga de remordimiento por propiciar el encierro de su amado —y que la atormentaba—, por fin se aligeraba. Rehema lanzó un profundo suspiro.

—“El principal error que existe entre tú y Mikidadi es ocultarse las cosas. Recuerda que una maldad pequeña y una gran-

de son la misma cosa si intentan ocultarse. Todo lo que escondas al final produce consecuencias inesperadas. Si ese día tu hubieras sabido adonde iba Mikidadi y a su vez él hubiera conocido tus pesares y sospechas, sin duda no hubiera ocurrido todo este desaguisado.”

“Ahora no queda más que esperar. Tres meses no es mucho”, —concluyó Salehe poniéndose de pie—. “Ahhh, y otra cosa” —dijo Salehe a Rehema en el momento en que se marchaba—, “¿recuerdas que pasado mañana es la celebración del día de la independencia? El presidente ha declarado que ese día todos los presos serán puestos en libertad”. —La alegría inundó el corazón de Rehema quien agradecida abrazó a Salehe. ❖